

LA CENSURA,

REVISTA MENSUAL.

PUBLICANLA EL EDITOR Y SOCIOS LITERARIOS DE LA BIBLIOTECA RELIGIOSA.

HISTORIA SANTA.

G. HISTORIA DE MARIA, madre de Dios, completada por las tradiciones de oriente, los escritos de los santos padres y las costumbres de los hebreos, escrita en frances por el abate Orsini, y traducida al castellano por D. R. M. y S.

La historia de la Virgen madre de Dios escasea en hechos, porque los apóstoles, ocupados enteramente en su mision sublime, no escribieron nada, y los evangelistas trataron en sus evangelios principalmente de Jesucristo, como era regular, poco y como por incidencia de María, y casi nada de José. A falta de los apóstoles y evangelistas los primeros padres de la iglesia, discípulos de aquellos, ó que habian recibido la tradicion de los que conversaron con los mismos, tuvieron cuidado de recoger y transmitir todas las noticias interesantes de la vida de la Virgen; y estos datos fundamentados en los hechos ciertos y constantes que la iglesia ha reconocido, son los que han servido á los historiadores de la doncella santa de Nazareth, la hija de los príncipes de Judá, la inmaculada virgen que sin contacto de varon alguno y por obra del divino Espíritu habia de dar al mundo el rey de los reyes, el salvador del género humano, Cristo Jesus.

El abate Orsini, despues de estudiar escrupulosamente las antiguas tradiciones y los primitivos usos y costumbres de los israelitas, emprendió escribir la vida de Maria exornando la narracion con las galas poéticas de un estilo y una diction bellos á la verdad; pero que en nuestro humilde parecer perjudican un tanto á aquella uncion espiritual, á aquella simplicidad pura, propias de las obras de su clase. Esta opinion peculiar nuestra que la conciencia nos obliga á emitir, está en oposicion con el testimonio

respetable de personajes y prelados de Francia, que el autor dice haberle manifestado su aprobacion y dadole la enhorabuena hasta por las cualidades literarias de su libro; y en efecto cita textualmente un trozo de la carta del ilustrisimo señor obispo de Ayaccio. Hacemos esta indicacion en prueba de nuestra buena fé, y para que se dé el valor que en si tiene, al juicio que hemos enunciado sobre la forma de esta historia.

Por lo demas el autor manifiesta el profundo estudio que ha hecho de la materia, y la trata con toda conciencia y sin apartarse en un ápice de la mas pura ortodoxia; antes por el contrario sigue la opinion mas piadosa en los puntos no decididos formalmente por la iglesia, v. g. el de la concepcion inmaculada de María.

En el tomo 1.º se contiene propiamente la vida de la Virgen en diez y siete libros con estos títulos: *Expectacion universal de la Virgen y del Mesias: La concepcion inmaculada: Nacimiento de María: La Presentacion: María en el templo: María huérfana: Matrimonio de la Virgen: La Anunciacion: La Visitacion: La Virgen madre: María en Belen: La Purificacion: La huida á Egipto: La vuelta de Egipto: María en las predicaciones de Jesus: María en el Calvario: Muerte de María.*

El tomo 2.º es sumamente curioso é importante. Tratase en él *del culto de María* considerado en tres épocas con noticias históricas, raras ó poco sabidas, *de la influencia de aquel culto sobre las bellas artes* (cosa de que se reirán nuestros sabihondos despreocupados del dia; sin embargo no harian mal en leer este capitulo), *de las romerías y del espíritu del culto de María.* Este último libro es muy oportuno é interesante, porque

se prueba hasta la evidencia contra los protestantes y sectarios enemigos de la Virgen que el culto de hiperdulia que le damos y viene establecido desde el tiempo de los apóstoles, no es una idolatría, como han pretendido sin creerlo Lutero, Calvino y todos los heresiarcas. En ningún tiempo han *adorado* los católicos á la Virgen, sino que le han dirigido sus súplicas como medianera é intercesora con Jesucristo. Tan cierto es esto, que porque los coliridianos quisieron en el siglo IV de la iglesia ofrecer á María simples oblaciones de tortas, fueron tratados de hereges y censurados severamente por S. Epifanio, con ser el santo doctor tan devoto de María.

Concluye la obra con un calendario histórico de las fiestas de la santísima vírgen y de las fundaciones y dedicaciones de algunas iglesias en su honor; y aunque desde que se publicó en Francia (durante la menor edad

de Luis XIV), han variado mucho las cosas; todavía contiene noticias muy preciosas, y reúne además la circunstancia de ser documento rarísimo en la librería. Los dos tomos van ilustrados con eruditas y copiosas notas.

El traductor español ha querido añadir una flor á la bella guirnalda entretejida por el abate Orsini, y ha aumentado el calendario histórico con varias noticias relativas al culto de la Virgen en Cataluña, sacadas del *Jardín de María*, que publicó hácia el año 1657 Fr. Narciso Camós, del orden de predicadores. En esta adición intercala el traductor una composición poética suya, en donde se refieren los destrozos comenzados desde la guerra de la independencia en el célebre y suntuosísimo monasterio de nuestra Señora de Monserrat, una de las joyas de la católica España cuando Dios quería.

FILOSOFÍA.

7. EL DOGMA DE LOS HOMBRES LIBRES ó las palabras de un creyente, por Mr. F. La Mennais: traducido del francés al castellano por D. Mariano José de Larra.

Pocos habrá que no tengan conocimiento de la caída lamentable de Mr. La Mennais, á quien un espíritu insensato de orgullo extravió del camino recto que seguía con provecho suyo y contentamiento de todos los buenos, para perderle en el tenebroso laberinto del error y conducirlo al abismo si Dios no se apiada de él por un efecto de su divina misericordia. Aquel malaventurado sacerdote se ha convertido de filósofo católico en una especie de deísta entusiasta, republicano socialista y filósofo *humanitario*; y todo se le vuelven lamentos elegiacos por los males de los pueblos y amargas sátiras contra los reyes y los sacerdotes, á quienes atribuye casi exclusivamente la infelicidad del género humano y la adulteración de la ley del Crucificado. Este viene á ser el tema de las *Palabras de un creyente*. No parece sino que el Sr. La Mennais no es francés, ni tiene noticia siquiera de los extraordinarios acontecimientos ocurridos en su patria de sesenta años á esta parte, que sacaron de quicio el mundo entero y le mantienen todavía desquiciado Dios sabe hasta cuando. Y á fé que no fueron los reyes ni los sacerdotes los que fraguaron *la gran revolución*, tan fecunda en resultados no nada buenos;

antes por el contrario algunos tronos cayeron, se tambalearon todos y todavía no han recobrado su firmeza y estabilidad primitivas, y el sacerdocio fue escarnecido, perseguido á muerte y proscrito, y se le hubiera arrancado de cuajo de la tierra si no llegaran sus raíces á donde la mano del hombre no puede penetrar. Pues bien, cuando todo esto es mas que cierto, es evidente como un axioma; cuando todos los hombres sensatos y libres de ilusiones funestas reconocen que *inde mali labes*, y deploran las consecuencias, y trabajan con mas ó menos acierto y resolución por borrar en lo posible los rastros de la lava revolucionaria con que el volcan de la Francia inundó toda la redondez de la tierra en 1789; ¿no es el colmo del delirio que un sacerdote, un hombre de talento y de instrucción profunda, un filósofo venga ahora con la cantinela de las *Palabras de un creyente*? ¿No es una verdadera aberración del entendimiento que un ministro de Jesucristo, dando una interpretación torcida á la ley y máximas de este divino Salvador, impute al altar y al trono las calamidades y desastres que en rigor de justicia solo deben achacarse á los enemigos del uno y del otro? Y aunque quisieran llevarse mas adelante las investigaciones de la raíz de tantos males, solo se sacaría por consecuencia legítima que la causa eran los pecados de los pueblos, como nos lo prueban infinitos testimonios de la historia sa-

grada y profana. El hombre en su insensatez ha creído que puede burlarse impunemente de su Dios, y tomando por impotencia la longanimidad de este, acumula crimen sobre crimen y unos escándalos sobre otros. Pero suena la hora de la catástrofe, las aguas de la tribulación se desparraman sobre la haz de la tierra y todo lo inundan; y el hombre todavía ciego se pierde en conjeturas é indagaciones, no sabiendo á qué atribuir tanta desolación. ¡O miseros mortales! No os fatiguis en vano: bien cerca teneis el origen de vuestras desgracias: vuestros pecados os las han acarreado.

Si el Sr. La Mennais hubiese dado este giro á su opúsculo sin sentar teorías absurdas en política y en moral, ni achacar solo á dos instituciones venerables lo que es efecto de la depravacion del mundo en general; nada tendríamos que criticar. Pero entonces tampoco hubiera llamado la atencion de los que se dejan llevar de todo viento de doctrina, ni se hubiera singularizado por sus opiniones; y á esto parece que aspira el orgullo del malhadado escritor frances. No nos atrevemos á decir si el empeño de este en fundar su extravagante sistema sobre la ley evangélica ha dado origen á esa nueva secta filosófica que en Francia y en Alemania aspira á construir sobre las ruinas del catolicismo (sueño dorado de su frenesí) una nueva religion *poética*, espiritualista y romántica, compuesta de retazos de todas las religiones conocidas. Lo cierto es que las producciones filosóficas con cierto colorido bíblico de La Mennais son muy á propósito para fomentar este nuevo delirio de unos pocos entusiastas y de muy muchos perversos, que abrazan con ardor cualquier proyecto siempre que se dirija á batir en brecha la fortaleza del cristianismo. Para ello han discurrido entre otros ardides el de inculcar á *las masas*, como dicen ellos, la idea de que Jesucristo vino al mundo á establecer la libertad y la igualdad entre los hombres; lo cual dicho así absolutamente en tiempos de contiendas sobre derechos políticos y teorías de gobierno es ademas de falso peligroso. El Salvador predicó y estableció la libertad espiritual del hombre aprisionado con las cadenas del pecado y todas sus fatales consecuencias, y predicó y estableció la igualdad de todos los hombres como hijos de Dios y hermanos de Jesucristo segun la carne, redimidos con su sangre preciosísima. Mas inferir de aqui que nuestro Señor fue el patriarca y fundador de tal ó cual sistema político, de estas ó

las otras teorías de gobierno ó de una escuela filosófica cualquiera, no solo es erroneo, es hasta impío, porque tiende á rebajar el caracter divino de nuestro Salvador reduciéndole á la categoría de Sócrates, Platon, Confucio ú otro de los muchos filósofos y políticos. La mision de Jesucristo era mas elevada y trascendental: venia á redimir al hombre del pecado, quebrantar su duro cautiverio y abrirle de par en par las puertas de la eterna Sion que estaban cerradas para él. Este era el fin primario; pero como consecuencia de la doctrina que el hombre Dios habia sembrado entre los mortales, debia resultar que la condicion humana se mejorara, renovandose la sociedad á beneficio de dos máximas grandiosas y de infinito poder; á saber, el amor recíproco de todos los hombres como hermanos que reconocen á Dios por su único padre, y su absoluta igualdad ante el divino acatamiento sin otra distincion ni preferencia que las obras de cada uno. De aqui provino que gradualmente mejorara el estado de los siervos, viniendo casi á extinguirse: de aqui que la mujer aspirara á un lugar mas digno de la alteza de su origen y de su destino en la sociedad: de aqui la dulzura de los reyes y gefes de las naciones para con sus súbditos y la obediencia respetuosa y filial de estos á aquellos; de aqui en fin el germen de todos los beneficios que no podia menos de producir la ley de amor en cuanto se propagara y observase. Cótense los estados cristianos con aquellos en que dominan el islamismo ó la idolatría; y facil será conocer la ventajosa diferencia que llevan los primeros á estos.

Mas unas verdades tan evidentes no autorizan á nadie para sacar la deduccion de los comunistas y socialistas; á saber, que Jesucristo instituyó la sociedad sobre el fundamento de una libertad republicana y de una igualdad social á la moderna: que los reyes y los sacerdotes mancomunados, como dice terminantemente Mr. La Mennais, han destruido la obra del mismo Dios; y que los pueblos contando con la ayuda de este deben trabajar sin descanso para reconquistar sus derechos perdidos. Esto sobre absurdo es destructivo de todo orden, de toda moralidad y (lo diremos sin rebozo) de la verdadera religion. Antes que naciera este malaventurado filósofo y los del siglo XVIII, sabia el mundo que los reyes han abusado muchas veces de su poder: que ha habido sacerdotes indignos de su sagrado ministerio: que los

magnates y poderosos, nadando en riquezas y en delicias, han oprimido al pobre y se han burlado de su miseria. Y es tan antiguo esto, como que el mismo Evangelio nos cuenta la interesante historia de Lázaro y el rico avariento. Allí podia haber aprendido Mr. La Mennais que Jesucristo, en vez de dar esas lecciones de mejoramiento puramente terrenal y de concitar á la multitud pobre contra los ricos, ofrece por un maravilloso contraste las ventajas que llevan aquellos á estos, pintándonos á Lázaro en el seno de Abraham y al rico avariento en el infierno sin poder conseguir una gota de agua con que refrigerar su abrasada lengua. ¡O doctrina admirable y sublime! ¡O profunda enseñanza de nuestra religion divina! Pueblos oprimidos, hombres afligidos, hambrientos ó perseguidos, ¿padeceis por la injusticia de vuestros gobernantes ó por la dureza y empedernimiento de vuestros hermanos? Sufrid, resignaos, levantad los ojos á vuestro padre que está en los cielos: él os tiene preparada

una recompensa centuplicada y eterna, asi como serán horrendos é inextinguibles los suplicios de los que quebrantaron con respecto á vosotros todos los preceptos de la ley y todas las inspiraciones de la caridad. ¿Es esta la doctrina de Mr. La Mennais en sus delirios filosóficos ó mejor anti-filosóficos, por mas que los mezcle con pensamientos y reflexiones dignos de sus dias de cordura?

Lo dicho acerca de las *Palabras de un creyente* bastaria para que solo las leyeran las personas de madurez y criterio; pero hay una razon por la cual ni aun estas pueden leer aquel libro; y es que Su Santidad se sirvió incluirle entre los prohibidos por encíclica de 25 de junio de 1834 y decreto de 7 de julio de 1836.

Para concluir diremos que el traductor, por no ser menos que el autor, se adhirió completamente á la doctrina de este, y aun casi fue mas allá, porque *sus cuatro palabras* de introduccion tienen cierto sabor á protestantismo.

NOVELAS.

S. ESPIRIDION, novela escrita en frances por Jorge Sand y traducida al castellano por J. de Luna: un tomo.

Antes de hablar de esta novela permitasenos añadir algo acerca de *Lelia*, que examinamos en el primer número de la *Censura*. El ejemplar que nosotros hemos leído, es de la coleccion de autores ilustres que se publica en Barcelona, y nos pareció, como parecerá á muchos, que *Lelia* se contenia en el primer tomo, y *Espiridion* en el segundo; mas no es asi, sino que la conclusion de aquella novela está por cabeza de esta. La obra remata de un modo correspondiente al principio. El cardenal que admitió á *Lelia* en el convento, se franquea con la admirable monja, y le dice que la esencia de la religion cristiana consiste en ser *progresiva y mejorable* (ya se sabe el significado de estas voces entre los filosofastros metidos á teólogos): se manifiesta apasionado de Lutero con cuya generosa insurreccion simpatiza: aboga por el celibato del clero &c. Ya se ve, para monjas como *Lelia* era menester un prelado como Anibal.

Stenio se suicidó despues de haber visitado á *Lelia* en su celda, desesperado por no haber podido vencer á aquella *santa*; porque es de saber que la sensible monja sucumbió á poco de matarse su antiguo amante,

y aunque al principio no gozó su nombre de muy buena fama; pero al cabo cayó la pandilla enemiga suya, y la que quedó victoriosa sepultó el cadaver de *Lelia* en el monasterio y la honró como santa y como martir. Tambien se permitió al virtuoso Tremmor que levantase un sepulcro á Stenio junto al cementerio donde yacia *Lelia*. No dice la leyenda si el poeta suicida fue venerado como doctor y penitente. ¡Cuánta inmoralidad! ¡Qué impudente cinismo! ¡Qué invenciones del infierno para introducir en el corazon de los jóvenes y de las mujeres el veneno de la impiedad, de la lascivia, de la negacion absoluta de toda idea religiosa y por consiguiante la santificacion del crimen en todas sus especies!

Espiridion, protagonista de la otra novela, aunque no aparece mas que en espíritu, era un judío de las cercanías de Inspruck, que habiendo ido á estudiar á las universidades de Alemania abjuró su secta y se hizo luterano, y luego la lectura de Bossuet le movió á entrar en la iglesia católica y fundó un monasterio de benedictinos en Italia, del que fue elegido superior. Desempeñando ya este cargo se puso á examinar otra vez los fundamentos del catolicismo, y cuando antes le parecieran bastante fuertes para convencerle y hacerle abandonar el luterano

nismo, ahora se le presentaron tan flacos que renunció al cristianismo. Cayó en el escepticismo y la incredulidad, y es excusado decir que tratándose de tal monje le representaría el autor como el dechado de todas las virtudes y el más rígido observante de las reglas. Así nos le pinta en efecto Jorge Sand. Al morir dió al monje Fulgencio, su discípulo, el encargo de colocar en la tumba sobre su pecho un libro, que era el fruto de sus vigiliass, con orden de no sacarle de allí sino cuando el alma de Fulgencio (que perseveraba todavía católico), hubiese sufrido una transformación completa, es decir, cuando él se hubiera hecho ateo y renegado de su religion. Fulgencio murió sin haber llegado á ese estado, aunque ya iban trastornándose sus ideas, tanto que sus últimas palabras fueron: *Sancte Spiridion, ora pro nobis*; porque es de advertir que el espíritu del abad se le habia aparecido muchas veces. Fulgencio confió el secreto del tesoro escondido á su discípulo el P. Alejo, quien llegó á penetrarse perfectamente de la doctrina de Espiridion, y se hizo escéptico primero y luego sucesivamente ateo, panteísta y deísta. Creyéndose ya maduro para desenterrar el libro de Espiridion lo intentó por dos veces; pero no pudo conseguirlo; y solo en su última enfermedad lo logró por medio del corista Angel, á quien habia enseñado los rudimentos del escepticismo y de la incredulidad. Así este como el P. Alejo merecieron ser visitados muchas veces por el P. Espiridion, que les daba lecciones ó los confortaba ó los reprendia segun el caso. El libro que con tanto cuidado habia mandado Espiridion conservar en su sepultura, era el Evangelio de San Juan escrito de mano del abad Joaquin, monje cisterciense de la Calabria que cayó en un error sobre la santísima Trinidad; el *Evangelio eterno* de Juan de Parma, discípulo de Joaquin, y por último un corto manuscrito de Espiridion, que se reducía á manifestar habersele aparecido Jesus para decirle que el evangelio de San Juan es el único divino y que debe observarse: que la religion tiene tres épocas como los reinados de las tres personas de la Trinidad; y que el cristianismo ha tenido tres épocas, y las tres se han cumplido. En suma el manuscrito de Espiridion no es más que una aplicacion de la doctrina del *Evangelio eterno*, libro herético condenado desde el concilio tridentino. El *santo abad* dice que en esta aparicion vió pasar sucesivamente á S. Pedro, S. Juan y S. Pablo,

y detras de cada uno de ellos respectivamente el papa Gregorio VII, Joaquin de Flore y Lutero.

Al examinar el P. Alejo el evangelio de San Juan se detiene en algunos pasajes marcados en el manuscrito, y leyendo aquellas palabras del capítulo X en que dice Jesus á los judíos: *Si illos dixit deos, ad quos sermo Dei factus est, et non potest solvi scriptura; quem Pater sanctificavit et misit in mundum, vos dicitis: Quia blasphemias, quia dixi: Filius Dei sum?* la impía y presumida mujer que escribe bajo el seudónimo de Jorge Sand, tiene la impudente osadia de poner en boca del P. Alejo una interpretacion arbitraria de estas palabras para deducir que Jesucristo no es Dios, ni el Verbo, ni el hijo de Dios en el sentido propio y genuino de la palabra, añadiendo que todos somos dioses é hijos de Dios. Mas ¿por qué la marisabidilla que no contenta con ingerirse en la república literaria para corromper la moral, se entremete á teóloga y comentadora de nuestros libros santos, no siguió leyendo los versículos 37 y 38 del mismo capítulo de San Juan? Si este evangelio es el único que hace fé para ella y sus maestros, y se agarra á las palabras citadas para sentar que Jesucristo no es el hijo de Dios, ni Dios; ¿qué dirá de estas expresiones tan claras y convincentes del mismo Salvador: *SI NON FACIO OPERA PATRIS MEI, NOLITE CREDERE MIHI. SI AUTEM FACIO, ETSI MIHI NON VULTIS CREDERE, OPERIBUS CREDITE, UT COGNOSCATIS ET CREDATIS QUIA PATER IN ME EST, ET EGO IN PATRE?* ¿Podía decir más terminantemente nuestro Señor que era Dios é hijo del mismo Dios?

Un ermitaño auxiliaba á un moribundo, y le presentó el Crucifijo para que le besara; pero el moribundo volvió la cabeza y tomando la otra mano del agonizante se la besó y espiró. El ermitaño le cerró los ojos y dijo: «Ya te será perdonado puesto que has sido reconocido; y si has comprendido el afecto de un hombre en este mundo, sentirás la bondad de Dios en el otro.» ¡Buena máxima! De ahí saca cualquiera la consecuencia (y ese es el fin de la autora) que un simple sentimiento de gratitud equivale al amor de Dios y á la observancia de sus divinos preceptos.

Lo menos que pudiera decirse de Alejo es que era un loco; pero no: su orgullo insensato le hizo traspasar los límites que la fé ha fijado con suma sabiduría á las in-

investigaciones del entendimiento, y una vez puesto el pie en el terreno vedado es imposible que se detenga como no acuda Dios en favor del temerario infractor por un efecto extraordinario de su gracia. El espíritu de curiosidad é indagacion crítica de los principios de la religion llevó á Alejo, como ha llevado y llevará á cuantos le imiten, á la duda, á la heregía, á la absoluta incredulidad y á ese estado indefinible para el mismo que le experimenta, precursor de los tormentos que han de despedazar su cuerpo y su alma en el otro mundo.

Pudieramos multiplicar las citas de heregias sacadas de esta obra perniciosísima; pero creemos que basta para muestra lo que acabamos de decir. Ensalzar la doctrina y fines de los mas audaces heresiarcas, censurar agriamente y calumniar con impudencia los dogmas, la moral y disciplina de la iglesia católica, introducir en el alma primero la duda y luego la incredulidad preparando el terreno para la predicacion de la nueva secta, romper enteramente el único vínculo fuerte y sagrado de las familias y de la sociedad (la religion), y renovar la calamito-

sa época de la impía y monstruosa revolucion francesa de 1789 y años siguientes: ese y no otro es el objeto de los llamados filósofos del dia, á quienes siguen como burros de reata ciertas personas amigas de distinguirse y entre ellas algunas mujeres. Si la soberbia precipitó á Lucifer del alto asiento que ocupaba en el emperio, y arrojó á nuestros primeros padres del Paraiso; ¿qué mucho que arrastre así á frágiles mortales que no quieren reconocer lo limitado de sus fuerzas é implorar los auxilios de aquel *que es?* En castigo de su presuncion Dios los deja de su mano, y permite que caigan en tan enormes monstruosidades, que se maravilla cualquier hombre de mediano entendimiento de que hayan podido creerse y adoptarse ciegamente tamaños dislates.

El libro de Espiridion debe proibirse absolutamente, y ninguna persona, sea de la edad, sexo ó condicion que quiera, debe cogerle en sus manos, por ser un conjunto de impiedades y heregias y un lazo tendido á los incautos é ignorantes para hacerlos titubear en su fé y caer en los errores mas funestos.

POESÍA.

9. D. JUAN, poema escrito en ingles por lord Byron y traducido en prosa castellana de una version francesa.

Jorge Gordon, distinguido bajo el nombre de lord Byron, se dió desde luego á conocer por su vida disipada y por la mordacidad de sus escritos. Los escritores de la escuela romántica le cuentan con orgullo por uno de sus patriarcas, y con razon pueden hacerlo, porque no parece sino que el objeto de lord Byron fue burlarse de las cosas mas sagradas, hacer alarde de incredulidad, ennoblecer el crimen y pintarle como digno de admiracion; y sabido es que de admirar una accion á imitarla no hay mas que un paso.

D. Juan, especie de poema épico que pasa por la obra maestra de este autor, es un tejido de escenas lúbricas, realzado con chanzonetas sacrílegas y sátiras mordaces de los objetos mas santos, con expresiones y dichos picantes, con reticencias malignas y en fin con todos los incentivos que pueden despertar ó irritar una de las pasiones mas fuertes del corazon humano. El poeta se propuso pasear á su heroe por los principales países de Europa para hacerle representar papeles de escandalosa galantería, y

toma pie de ahí para ridiculizar las costumbres y vínculos mas respetables de la sociedad. La muerte no dejó á lord Byron concluir su obra; pero por desgracia habia escrito ya lo bastante para hacer mucho daño á los lectores, en especial á los jóvenes y á las mujeres, á quienes debe prohibirse absolutamente la lectura de este libro inmoral y sacrilego.

Aun cuando lord Byron se mofa de todo lo sagrado; pero dejaria de ser incrédulo y á mas poeta de la escuela filosófico-romántica si no zahiriera con especialidad las creencias y prácticas religiosas del catolicismo. Este es siempre el hito de las iras y del frenesi de la irreligion, sea cualquiera la máscara con que se encubra, y desde el politeismo hasta la mas grosera heregía todos los cultos son mejores para nuestros des preocupados filósofos que la religion verdadera. Mas volviendo al poeta ingles y á su famoso poema vease lo que dice hablando de unos infelices náufragos:

«Todo el resto pereció en número de doscientos, y lo que habia de peor es que estaban obligados á esperar muchas semanas antes que una misa los librase del fuego del

purgatorio, porque mientras que se ignoraba su desgracia, nadie querría arriesgar su dinero en favor de las almas que aun podrían estar en este mundo: cuesta tres francos el que digan una misa.»

En el tomo 3.º, página 201, se expresa así:

«Pero ¿qué es la realidad? ¿Quién posee su secreto? ¿La filosofía por ventura? No, porque desecha muchas cosas. ¿La religión? Sí, pero ¿en qué secta? Es bastante evidente que algunos millones de hombres deben haberse equivocado, aunque llegará á suceder quizá que todos tengan razon. Venga Dios en nuestra ayuda. Ya que en nuestra carrera necesitamos mantener siempre nuestros faros religiosos, ya es tiempo de que aparezca un nuevo profeta, ó que vuelva uno de los antiguos entre nosotros, porque las opiniones se gastan y alteran al cabo de algunas decenas de siglos, si no baja de las esferas celestes alguna revelacion.»

Este es el tono de lord Byron: no entrará él en discusiones formales, ni razonará gravemente sobre tal ó cual punto de dogma ó de moral; pero con una chanzoneta ó una expresion burlesca se mofará ya de todo el cuerpo de doctrina, ya de uno de sus artículos. Y Dios sabe cuánto mas funesto es este modo de combatir que el de los sofistas serios y razonadores, que con sus argucias y falsas alegaciones quieren destruir piedra por piedra todo el edificio católico. Estos son leídos por menos personas, porque la materia y la forma repugnan al mayor número; pero los escritos frívolos del género burlesco agradan y se leen con ansia, y como sueltan magistralmente una expresion sin necesidad de fundarla en razon alguna, las personas ignorantes que son las mas, se dejan seducir, y primero la gracia del estilo y luego el incitamento de la novedad los arrastran al camino de perdicion.

10. D. JUAN DE AUSTRIA ó la vocacion, comedia en cinco actos y en prosa, traducida por D. Mariano José de Larra.

El hijo natural de Carlos V, que ignora la alteza de su cuna, y está destinado para el claustro, declara á D. Rodrigo Quesada, quien le habia educado y pasaba por su padre en el concepto comun, su firme resolucion de vivir en el mundo y su pasion á una dama (Doña Florinda de Sandoval). La misma declaracion hace despues al rey Felipe II, que aparece con el nombre de conde de Santa Fiore y como revestido de la

autoridad paterna sobre D. Juan. La oposicion del monarca á los deseos de este y la circunstancia de ser Florinda objeto codiciado de ambos príncipes, si bien con diferentes fines, dan lugar á escenas fuertes, á contestaciones duras y picantes, á desafios y últimamente á que D. Juan amenace con su espada al rey á quien no conoce; pero se le cae aquella de las manos cuando Florinda para impedir un atentado se lo revela. Este lance ocurre despues de escaparse D. Juan del monasterio de Yuste, á donde le condujera D. Rodrigo por condescendencia é infringiendo las órdenes del rey. Crítica es en este punto la situacion de D. Juan, de Florinda y de D. Rodrigo: del primero, por haberse escapado del monasterio, desafiado dos veces á Felipe II y amenazado: de Florinda, por no ceder á la pasion del rey, quien solo bajo esa condicion prometia librarla del castigo inminente por acusacion de judaismo; y de D. Rodrigo, á causa de haber favorecido los proyectos de D. Juan, unos por debil indulgencia, y otros involuntariamente y por efecto de las circunstancias.

Para sacar á estos tres personajes del aprieto en que se ven y desatar el nudo finge el poeta que Carlos V, quien habia facilitado á D. Juan la evasion del monasterio de Yuste, aunque sin darse á conocer, aparezca en la cámara de su hijo Felipe II cuando iba á decidirse la suerte de los dos amantes, y declare que viene á librar á Florinda de mano de sus jueces en remuneracion de cierto servicio que le prestó en otro tiempo el padre de aquella. Asimismo hace jurar á D. Juan obediencia y lealtad al rey hasta la muerte, y á este proteccion y amistad á D. Juan, y entonces descubre que es su hijo y se llama D. Juan de Austria.

Hé aqui muy en resumen el argumento de esta comedia, en que dos monarcas grandes por sus cualidades, aun mucho mas que por su poderoso imperio, y un príncipe, aunque bastardo, de generosa condicion, de nobles sentimientos y de una religiosidad propia de aquellos tiempos y de la sangre que corria por sus venas, aparecen con un caracter que rebaja mucho su merecido concepto. D. Juan especialmente se presenta como un hombre que tiene la religion por cosa liviana, y tratándose de su dama es capaz de sacrificar su conciencia y hasta su Dios. Lo comprobaremos con algunas citas.

En la escena 4.ª del acto 2.º cuando Florinda le ha revelado que es judia, y D. Juan

titubea un instante si le dará ó no su mano, dice él: «¿Cuál será la diferencia entre nosotros? El Dios de Israel ¿no es el de los cristianos? ¿He de adorarla menos porque ella eleve su corazón á ESE DIOS (como si se tratara de algun zapatero de viejo) con ritos diversos á los míos?»

De manera que para el poeta no se diferencian la religion cristiana y el judaismo mas que en los ritos. Es posible que ni él, ni el traductor supieran bien lo que esta palabra significa; pero de cualquier modo semejante falsedad es indisculpable.

El mismo D. Juan al salir á hacer los preparativos de boda, como la judia Dorotea, dueña de Florinda, le dijese estas palabras: *Y á pagar en todas partes....*; le responde:

«Decís bien, Dorotea, que en pais católico nacer, casarse y morir son tres cosas que no pueden hacerse gratis.»

Es cosa muy singular que estos poetas del dia no han de saber componer una comedia ó novela sin sazonarla con insultos y zaherimientos al dogma, á las costumbres ó al culto de la religion católica: las demas sectas son muy respetables para ellos.

Por último en la escena 6.^a del acto 5.^o cuando por salvar á Florinda se decide Don Juan á hacer juramento de entrar en el claustro dice al rey: «Nada por vos, señor, nada por el cielo: todo por ella (*extendiendo la mano hácia el Crucifijo*). Sí, cuesteme en buen hora su vida la desdicha de la mia en este mundo y el riesgo de mi alma en el otro.»

Estas palabras impías son impropias de un príncipe católico como lo fue el vencedor de Lepanto, aunque los dramaturgos nos le quieran representar despreocupado á lo Voltaire.

Mas lo que escandaliza é indigna sobre todo, es que al rey D. Felipe tachado de *supersticioso* por sus émulos y enemigos (y esta es la mejor prueba de sus religiosísimos sentimientos) se le atribuyan pensamientos y palabras que repugnan enteramente á su caracter, despues de hacerle miserable esclavo de una torpe pasion. En la escena 6.^a del acto 1.^o dice D. Pedro Gomez: «*Roma en tierra puede dispensar de todo juramento;*» y le contesta el rey: «*¡Roma! Me humillo ante el poder de Roma; pero Roma no hace nada de valde.*»

Y mas adelante en la misma escena promete á este cortesano toda su gratitud si descubre el paradero de Florinda, y añade:

«..... *Esa mujer me persigue, es mi angel*

malo, es un sueño que me devora: estoy poseido de ella. Su imagen se interpone entre mí y el Dios mismo que me escucha.... hoy mismo, hoy tambien he omitido mis oraciones. Este estado.... haria peligrar mi vida en este mundo y mi eternidad en el otro.»

¡Insigne falsedad! El grave, el religioso monarca Felipe II no podia pensar así, ni mucho menos expresarse en unos términos, propios solamente de un mozalvete casquivano de nuestros dias, que blasfema de Dios y de la religion siempre que se trata de amoríos ó por mero pasatiempo.

Y ¿qué diremos del caracter que se supone á Carlos V en su retiro? Por apartarse en todo de la verdad el poeta le representa hecho monje é intrigando para ser prior á trueque de salvar á D. Juan. La judia Dorotea se desata en improperios contra los cristianos, y siembra doctrinas detestables, como la de que la abjuracion es una restriccion mental mas ó menos, quedando estos dichos sin refutacion ni correctivo, porque son de un sectario contra los católicos, y el objeto es deprimir y ridiculizar á estos.

Por último se hace intervenir en la comedia la respetable orden de los jesuitas por medio de su fundador S. Ignacio de Loyola, de quien se lee una carta supuesta, infame por su doctrina y abominable por la forma. Era preciso dejar en mal lugar á un santo del catolicismo é instituidor de una religion que tanto ha dado y dará que hacer á los hereges y á los incrédulos de todas épocas y paises.

Esta comedia no debiera á nuestro juicio representarse, y su lectura sin enseñar nada bueno no puede menos de imbuir á los jóvenes en doctrinas perniciosas y modelar sus blandos corazones para que absorban insensiblemente la ponzoña de la irreligion y de la inmoralidad. ¿Cuándo volverá á ser objeto de la poesia dramática el *castigat ridendo mores*? En la época presente está reducida á sacar á plaza crímenes y flaquezas (muchas veces fingidos y cuando no exagerados) de reyes, príncipes y magnates, zaherir al sacerdocio católico, ridiculizar nuestro culto y dogmas, hacer la apotheosis de los malvados y disolutos, y satirizar al hombre religioso y de virtud acrisolada. No llena mal estos objetos el autor de D. Juan de Austria.